

pecadores es abominable á los ojos de Dios, como su vida; si vivís en el pecado, morireis con los horrores, é inútiles pesares del pecador, y vuestra muerte será una muerte eterna: si vivís en la justicia, morireis en la paz y confianza del Justo, y vuestra muerte no será mas que un tránsito á la Bienaventuranza. Asi sea.



S E R M O N
PARA EL PRIMER DOMINGO
DE ADVIENTO,

SOBRE EL JUICIO UNIVERSAL.

*Tunc videbunt Filium Hominis venientem in
nube cum potestate magna, & majestate.*

Verán entonces al Hijo del Hombre, que
vendrá sobre una nube con gran poder,
y magestad. *Luc. 21. v. 27.*

SEÑOR.

Este ha de ser el último espectáculo que acaba-
rá las revoluciones eternas, que la figura de este
mundo ofrece cada dia á nuestra vista, y que,
ó nos divierten con su novedad, ó nos engañan con
sus encantos; tal será la venida del Hijo del Hom-
bre, el dia de su revelacion, el cumplimiento de su
Reyno, y la entera redencion de su cuerpo místico;
tal el dia en que se manifiesten las conciencias, aquel
dia de calamidad y desesperacion para unos, y de paz,
alegría, y consuelo para otros; la esperanza de los Jus-
tos, el terror de los pecadores; el dia en que se deci-
dirá la suerte de todos los hombres.

Esta imagen siempre presente, que las profecías del Salvador acerca de este terrible día habian dexado á los primeros Fieles, los hacia pacientes en las persecuciones, alegres en los trabajos, gloriosos en los oprobrios; esta fue la que mantuvo despues la fé de los Mártires, animó la constancia de las Vírgenes, suavizó á los Anacoretas los horrores del desierto; ésta la que aun hoy puebla las soledades Religiosas que levantó la piedad de nuestros padres contra el contagio del siglo.

Vosotros mismos, Católicos, acordandoos alguna vez del formidable aparato de este gran suceso, no habeis podido menos de compungiros y temer con su memoria; pero estos temores han sido pasajeros, se disiparon al instante con otras ideas suaves y alegres que sucedieron, y que os restituyeron á vuestra antigua calma. ¡Oh Dios! En los tiempos felices de la Iglesia se hubiera tenido por apostasia de la Fé el no desear el día del Señor; todo el consuelo de los primeros Discipulos era el esperarle; y aun era menester que acerca de esto moderasen los Apóstoles la santa ansia de los Fieles; y hoy es necesario que la Iglesia se valga de todo el terror de nuestro ministerio para hacer acordar de él á los Christianos, y todo el fruto de nuestros discursos se reduce á hacerle temer.

No obstante, no es mi intento referiros aqui toda la historia de esta terrible venida; quiero ceñirme á una de aquellas circunstancias, que me ha parecido siempre mas propia para hacer impresion en los corazones, y es la manifestacion de las conciencias.

Es, pues, mi intento manifestar que el pecador en la tierra nunca se conoce tal como es, ni es mas que medio conocido de los hombres; vive, por lo común, desconocido á sí mismo por su ceguera; y á los demás por sus disimulos y artificios. En este gran día se co-

nocerá, y será conocido; el pecador manifestado á sí mismo, y el pecador manifestado á las criaturas son los dos puntos sobre que he determinado hacer algunas sencillas y edificantes reflexiones, Imploramos, &c. Ave Maria.

PRIMERA PARTE.

Todo se reserva para lo por venir, dice el Salmo, y queda incierto en la tierra, porque todo sucede igualmente al justo y al injusto, al bueno y al malo, al puro y al impuro, al que ofrece victimas, y al que desprecia los sacrificios. (a) Porque á la verdad, Católicos, ¿qué idea formaríamos de la providencia en el gobierno del universo, si juzgásemos de su sabiduria y de su justicia por los diversos destinos que en el mundo dá á los hombres? ¿Seria posible que los bienes y los males se dispensasen en la tierra sin distincion, sin eleccion, y sin respeto? ¿Habia de gemir el Justo casi siempre en la afliccion y en la miseria, viviendo el impío al mismo tiempo cercado de gloria, de placer, y de abundancia? ¿Y despues de tan diferentes fortunas, de costumbres tan contrarias, habian ambos de caer igualmente en un eterno olvido, sin que el Dios justo y vengador, que han de hallar despues, se dignase de pesar sus obras, y discernir sus meritos? ¡Oh Señor! Vos sois justo, y á cada uno le dareis segun el merito de sus obras.

Supuesto este gran punto de la Fé christiana, tan conforme á la equidad natural, digo: que en este terrible día, en que á vista de todo el universo parecerá el pecador ante el terrible Tribunal, acompañado de

(a) *Eclesi. li. circunscrito al, seq. imp. boV*

sus obras, será la manifestacion de las conciencias el mayor suplicio del alma infiel. Primeramente se hará patente á sí misma con un riguroso exâmen, cuyas circunstancias voy á manifestaros.

No quiero detenerme en ponderaros los títulos propios del que os ha de exâminar, y que anuncian todo el rigor de que ha de usar quando pese en su peso vuestras obras y pensamientos; será un legislador severo, zeloso de la santidad de su Ley, y que os juzgará segun ella; se desvanecerán todas las mitigaciones, todas las vanas interpretaciones, introducidas por la costumbre, ó inventadas por una falsa ciencia; las disipará todas el resplandor de la Ley; caerán las vanas salidas con que habian alhagado al pecador; y el legislador irritado exâminará casi con mas rigor las falsas interpretaciones que habian alterado su pureza, que las transgresiones manifiestas con que habia sido violada; será un Juez encargado de los intereses de la gloria de su Padre contra el pecador, establecido para juzgar entre Dios y el hombre; y este dia será el dia de su zelo por el honor de la Divinidad contra los que no la hayan tributado el honor que la es debido: será un Salvador que os manifestará sus llagas para echaros en cara vuestra ingratitude: quanto ha hecho por vosotros se volverá contra vosotros; su Sangre, precio de vuestra salud, levantará su voz, y pedirá vuestra perdicion; y el desprecio de sus favores se contará entre vuestros mayores delitos: será el escrutador de los corazones, á cuya vista se manifestarán los mas ocultos consejos y los mas secretos pensamientos. Finalmente, será un Dios de una magestad terrible, en cuya presencia se desharán los cielos, se confundirán los elementos, se trastornará toda la naturaleza, y se hallará el pecador solo, y precisado á sufrir su exâmen y el terror de su presencia.

Ved aquí, pues, las circunstancias de este terrible exâ-

exâmen. Primeramente, será el mismo respecto de todos los hombres. *Et congregabuntur ante eum omnes gentes,* (a) dice otro Evangelista. No se atenderá ni á la diferencia de siglos, de edades, de países, de condiciones, de nacimiento, ni de temperamento: y como el Evangelio por donde habeis de ser juzgados es la Ley de todos los tiempos, de todos los estados, y que propone unas mismas reglas al noble y al plebeyo, al Príncipe y al Vasallo, á los Grandes y al Pueblo, al solitario y al que vive entre los negocios del mundo, al fiel que vivia en el fervor de los primeros tiempos, y al que ha tenido la desgracia de vivir en la relajacion de estos siglos, no habrá distincion alguna en el modo de exâminar á los culpados. Las excusas fundadas en la dignidad, en el nacimiento, en los peligros de su estado, en las costumbres de su siglo, en la debilidad del temperamento serán vanas, no se admitirán; y el justo Juez pedirá entonces tan exâcta cuenta acerca de la castidad, de la modestia, de la ambicion, del perdon de las ofensas, de la negacion de sí mismo, de la mortificacion de los sentidos, al Griego como al Barbaro, al pobre como el rico, al que vivió en el mundo, como al que vivió en la soledad, al Príncipe como al simple Ciudadano; finalmente á los Christianos de estos últimos tiempos, como á los primeros discipulos del Evangelio. *Et congregabuntur ante eum omnes gentes.*

Oh vanos juicios de la tierra, qué habeis de hacer entonces tan extraordinariamente confundidos! Qué poco caso haremos de la nobleza de la sangre, de la gloria de nuestros mayores, del resplandor de la reputacion, de la distincion de los talentos, y de todos los pomposos títulos con que acá en la tierra procuran los hom-

(a) *Matth. 25. v. 32.*

bres exaltar su bajeza, y sobre los que fundan tantas distinciones y privilegios: quando veamos en aquel monton de culpados al Soberano confundido con el esclavo, los grandes con el Pueblo, los cabios puestos sin orden entre los ignorantes y simples, los Dioses de la Guerra, aquellos hombres invencibles y gloriosos, que habian llenado el mundo con el ruido de su nombre, puestos al lado del rústico, del labrador. ¡Oh Dios mio! Vos solo teneis la gloria, el poder, la inmortalidad; los demás títulos de sobervia serán destruidos y aniquilados con el mundo que los inventó, y cada uno parecerá rodeado solamente de sus obras.

En segundo lugar. Este exâmen será universal; esto es, se harán en él presentes todas las edades y todas las circunstancias de nuestra vida, las flaquezas de la niñez, que se os han olvidado; los excesos de la juventud, en la que casi todos los instantes fueron otros tantos delitos; la ambicion y cuidados de una edad mas madura; la obstinacion y los pesares de una vejez, acaso lasciva. ¡Qué espanto, Católicos, quando volviendo á pasar por las diversas scenas que habeis representado en el mundo, os halleis en todas profano, disoluto, voluptuoso, sin virtud, sin penitencia, sin buenas obras, sin haber pasado por todos estos estados mas que para juntar mayor tesoro de indignacion, y habiendo vivido en todos como si todo hubiera de morir con vosotros!

La variedad de sucesos que acá en la tierra se suceden unos á otros, y que dividen nuestra vida, no fijan nuestra atencion mas que á lo presente, y no nos permiten que nos acordemos de ella toda entera, ni que veamos todo lo que somos; nunca registramos mas de lo que nos ofrece nuestro estado presente; la última situacion es siempre por la que juzgamos de nosotros mismos. Un pensamiento de salvacion con que Dios nos favorece alguna vez calma en nosotros la

insensibilidad de muchos años: un dia empleado en ejercicios de piedad nos hace olvidar toda una vida delinqüente: el confesar nuestros pecados en el tribunal de la penitencia, los borra de nuestra memoria, y nos olvidamos de ellos como si nunca los hubieramos cometido: en una palabra, nunca vemos mas que lo presente del estado de nuestra conciencia: pero delante del terrible Juez todo se presentará junto, se manifestará la historia toda entera: desde el primer pensamiento que formó vuestro corazon, hasta su último suspiro, todo se pondrá á la vista. Aquí se reunirán todas las iniquidades repartidas por las diferentes edades de vuestra vida, sin que se oculte ni una accion, ni un deseo, ni un pensamiento, ni una palabra; ¿pues qué será de nuestras obras quando están contados hasta nuestros cabellos? Veremos revivir toda la carrera de nuestros años, que estaba como aniquilada para nosotros, y que no obstante vivia en la presencia de Dios: hallaremos en ella, no las historias perecederas en que debian conservarse para la posteridad nuestras vanas acciones; no aquellas relaciones lisongeras de nuestras militares hazañas, y de aquellos admirables sucesos que habian llenado tantos volúmenes, y agotado tantas alabanzas: no aquellas memorias publicas, en que estaba señalada la elevacion de nuestro nacimiento, la antigüedad de nuestro origen, la gloria de nuestros antepasados, las dignidades que los condecoraron, el lustre que nosotros hemos añadido á su nombre, y toda la historia, por decirlo así, de las ilusiones y errores humanos: esta inmortalidad tan ponderada que nos prometiamos, será sepultada entre las ruinas del universo; pero al mismo tiempo veremos la historia mas terrible y mas exácta de nuestro corazon, de nuestro espíritu, de nuestra imaginacion; esto es, aquella parte interior é invisible de nuestra vida, tan desconocida á nosotros

mismos como á los demás hombres.

Sí, Católicos, además de la historia exterior de nuestras costumbres, que toda se hará presente, lo que mas nos admirará será la historia secreta de nuestro corazón, que entonces se manifestará toda entera á nuestra vista; de este corazón que nunca habíamos sondeado ni conocido; de este corazón que sin cesar se nos ocultaba á nosotros mismos, y que con nombres especiosos nos disfrazaba la vergüenza de sus pasiones; de este corazón, cuya grandeza, rectitud, magnificencia, desinterés, y bondad tanto habíamos ponderado; á quien el público error y la adulación habían mirado como tal, y que nos había colocado sobre los demás hombres. Tantos vergonzosos deseos que apenas se habían formado, quando procurabamos ocultarlos aun á nosotros mismos; tantos ridículos proyectos de fortuna y elevación, alhagueños errores á que nuestro corazón engañado se entregaba sin cesar; tantas envidias ruines y secretas, las que por soberbia disimulabamos, siendo, no obstante, como eran, el principio invisible de toda nuestra conducta; tantas disposiciones pecaminosas, que mil veces nos induxeron á desear el que fuesen eternos, ó que quedasen sin castigo los deleytes de los sentidos; tantos odios y rencores que corrompieron nuestro corazón, aun sin saberlo nosotros: tantos pensamientos obscenos y viciosos, de los que con tanta gracia nos gloriabamos: tantos proyectos infames, á los que solo faltó la ocasión, de los que no hicimos caso, porque no salieron de nuestro corazón; en una palabra, aquella variedad de pasiones que siempre se sucedieron unas á otras en nuestro interior. Todo esto es lo que se manifestará á nuestra vista. Veremos salir, dice San Bernardo, como de una emboscada, delitos sin número, de los que nunca nos habíamos creído culpables. *Prodiunt ex improviso, & quasi ex insidiis.* Seremos manifes-

ta-

tados á nosotros mismos, se nos hará entrar en nuestro corazón, en el que nunca habíamos habitado. Una repentina luz iluminará este abismo; se revelará este misterio de iniquidad, y veremos que lo que mas ignorabamos de nosotros era á nosotros mismos.

A el exâmen de los males que hemos hecho sucederá el de los bienes que dexamos de hacer. Se nos acordarán entonces las infinitas omisiones de que ha estado llena nuestra vida, y de las que ni aun remordimientos habíamos tenido: tantas circunstancias en que por nuestro carácter estabamos obligados á dár gloria á la verdad, y en que la hicimos traicion por viles intereses, ó por condescendencias indignas; tantas ocasiones de hacer bien como Dios nos había presentado, y las despreciabamos casi siempre: tantas ignorancias culpables y voluntarias, por haber temido siempre á la luz, y huido de los que nos podian instruir; tantos sucesos tan propios para abrirnos los ojos, y que solo sirvieron de aumentar nuestra ceguera; tanto bien como pudieramos haber hecho con nuestros talentos ó exemplo, y le hemos estorvado con nuestros vicios; tantas almas á quienes con nuestras liberalidades huvieramos podido conservar en la inocencia, y las hemos dexado perecer, por no haber querido cercenar nada de nuestras profusiones; tantos delitos como huvieramos podido hacer evitar á nuestros inferiores ó iguales con reprehensiones discretas y consejos utiles, los que la indolencia, la cobardia, ó acaso otros fines mas culpables, nos han hecho suprimir; tantos dias, tantos instantes como huvieramos podido aprovechar para el cielo, pasados inutilmente y en una indigna ociosidad. Y lo mas terrible es, que esta será la parte mas inocente de nuestra vida que se presente á nuestra vista, y que á lo mas ofrece un gran vacío á nuestra memoria.

¿Qué pesar entonces para el alma infiel, el ver tantos dias perdidos, sacrificados á la inutilidad y al mun-

do que ya pereció; quando un solo instante consagrado á un Dios, fiel en sus promesas, hubiera podido merecerla felicidad de los Santos! ¡El ver tantas bajas, tantos rendimientos por unos bienes y una fortuna miserable, que no habian de durar mas que un instante, quando una sola violencia sufrida por Jesu-Christo hubiera podido asegurarla un reyno inmortal! ¡Qué pena el ver que no hubiera tenido necesidad de tantos cuidados ni de tantos trabajos para salvarse, cómo ha padecido para perderse; y que un solo día de esta larga vida de los que empleó para el mundo, le hubiera bastado para la eternidad!

A este exâmen sucederá, en quarto lugar, el de las gracias de que habeis abusado; tantas inspiraciones santas despreciadas, ó mal obedecidas; tantos cuidados y atenciones de la divina Providencia con vuestra alma, inutilizados; tantas verdades como os hemos predicado, que en otros fieles han obrado la penitencia y la salud; y siempre han caído en vano en vuestros corazones; tantos contratiempos y aflicciones como os envió el Señor para llamaros á sí, de las que no quisisteis aprovecharos; tantos dones, aun de naturaleza, que debian fundar en vosotros esperanzas de virtud, y de que os valisteis para fomentar vuestros vicios. ¡Ah! Si el siervo inutil solo por haber escondido su talento fue arrojado á las tinieblas exteriores, ¿qué perdon podreis esperar vosotros que recibisteis tantos, y los habeis empleado todos contra la gloria del Señor que os los entregó?

¿Qué cuenta tan terrible será esta? Jesu-Christo os pedirá el precio de su sangre: os quejais algunas veces de que Dios no hace bastante por vosotros; que os hizo nacer flacos, y de un temperamento de quien no sois dueños, y no os dá los auxilios necesarios para resistir á las ocasiones en que estais metidos! ¡Ah! y cómo vereis entonces que toda vuestra vida ha sido un continuo abuso de sus dones! Vereis como entre tan-

A unhas

tas Naciones infieles que no le conocian, fuisteis los privilegiados, ilustrados, llamados á la fé, mantenidos con la doctrina de la verdad, y con la virtud de los Sacramentos, socorridos continuamente con sus inspiraciones, y gracias. Os admiraréis al ver quanto ha hecho Dios por vosotros, y lo poco que vosotros habeis hecho por Dios. Vuestras quejas se mudarán en una confusion profunda, que no hallará mas consuelo que la desesperacion.

Hasta ahora el justo Juez solo os ha examinado de los delitos que son propios vuestros. Pero qué será quando éntre en cuenta con los pecados ágenos, de que fuisteis ocasion ó causa en vuestros proximos, y que por consiguiente se os han de imputar? ¡Qué nuevo abismo! Os presentarán todas las almas á quienes fuisteis motivo de ruina ó de escandalo; todas las almas á quienes vuestras conversaciones, vuestros consejos, vuestros exemplos, vuestras sollicitaciones, vuestras inmodestias precipitaron con vosotros en una perdicion eterna; todas las almas cuya flaqueza engañasteis, cuya inocencia corrompisteis, cuya fé pervertisteis, cuya virtud trastornasteis, cuyo libertinage autorizasteis, cuya impiedad asegurasteis con vuestras persuasiones, ó con el exemplo de vuestra vida. Jesu-Christo de quien son, y que las rescató con su sangre, os las pedirá como su mas estimada herencia, como su mas preciosa conquista, que injustamente le habeis usurpado. Y si el Señor señaló á Cain con una señal de reprobacion quando le pidió cuenta de la sangre de su hermano, juzgad con qué señal os marcará quando os pida cuenta de su alma.

Pero aun no es esto todo. Si fuisteis hombre de República y autoridad, ¿quántos abusos autorizados! ¿quántas injusticias disimuladas! ¿quántas obligaciones sacrificadas, ó á vuestros intereses, ó á las pasiones é intereses ágenos! ¿quántas acepciones de personas contra

K 2

la

la equidad; y la conciencia! ¡ cuántas injustas empresas aconsejadas! ¡ Y aun acaso, cuántas guerras, cuántos desordenes, cuántos males públicos de que fuisteis, ó el autor, ó el indigno ministro! ¡ Vereis que vuestra ambicion ó vuestros consejos fueron como la fatal raíz de una infinidad de desgracias y calamidades de vuestro siglo; de males que se perpetúan y pasan de padres á hijos; y os admirareis al vér que vuestras iniquidades han vivido mas que vosotros, y que aun mucho tiempo despues de vuestra muerte erais culpable en la presencia de Dios de una infinidad de delitos y desordenes que sucedian en la tierra! Aquí es, Católicos, donde se conocerá el peligro de los cargos públicos, los precipicios que rodean aun al mismo trono, los escollos de la autoridad, y con quanta razon llama felices el Evangelio á los que viven en la obscuridad de una condicion privada; con quanta prudencia nos inspiraba la Religion el horror á la ambicion, la indiferencia á las grandezas de la tierra, el desprecio de lo que solo es grande á los ojos de los hombres, y nos aconsejaba el no amar sino lo que siempre debe amarse.

¿ Pero os parece que si estais libres de todos estos vicios que se acaban de referir, aplicados ya há mucho tiempo á las obligaciones de la vida christiana, que no os tocará este terrible juicio, ó á lo menos que os presentareis en él con mas confianza que el alma delinquente? Sin duda que sí, Católicos, este dia será el dia del triunfo, y de la gloria de los Justos; el dia que justificará los tan ponderados excesos de retiro, de mortificacion, de modestia, y delicadeza de conciencia, que tanto habia censurado el mundo, y de que tanto se habia burlado; sin duda se presentará el Justo ante este terrible tribunal con mayor confianza que el pecador; pero con todo eso parecerá en él, y serán juzgadas hasta sus mismas buenas obras; vuestras virtudes, vuestras obras santas serán expuestas á este exámen ri-

gu-

guroso. El mundo que muchas veces niega los elogios debidos á la virtud mas verdadera, suele algunas veces darlos con ligereza á las apariencias de virtud. Muchos Justos hay que se engañan á sí mismos, y que solo deben este nombre á la reputacion y error público: por eso dice el Señor, no solo visitaré á Tyro, y Sidón en el dia de mi furor, esto es, á los pecadores, cuyos delitos parece los confunden con los Infieles y habitantes de Tyro, y de Sidón, sino que llevaré la luz de mis juicios hasta Jerusalén; esto es, exáminaré, inquiriré, sondearé los motivos de aquellas obras santas que parecian igualaros con las almas mas fieles de la santa Jerusalén: *Scrutabor Jerusalem in lucernis.* (a)

Registraré hasta el primer motivo de aquella conversion que tanto ruido hizo en el mundo, y veré si acaso fue su raíz alguna desesperacion secreta, la decadencia de la edad ó de la fortuna, algunos ocultos fines de favor y elevacion, y no el horror al pecado, y el amor á la Justicia: *Scrutabor Jerusalem in lucernis.*

Cotejaré las liberalidades con los pobres, las visitas de misericordia, el zelo de las obras de piedad, y la proteccion concedida á mis siervos, con las complacencias, los deseos de estimacion, la ostentacion, los fines humanos que las han inficionado; y acaso hallaré que mas son frutos de la vanidad, que efectos de la gracia, y obra de mi espiritu: *Scrutabor, &c.*

Llamaré á juicio aquella frecuencia de Sacramentos, de oraciones, de santos ejercicios de que hicisteis costumbre, sin que en vosotros despertase movimiento alguno de compuncion, y entonces sabreis como la tibieza, la negligencia, el poco fruto que los acompañaba

(a) *Sophon. I. v. 12.*

ba, eran en mi presencia otras tantas infidelidades, por las que seréis juzgados sin misericordia: *Scrutabor, &c.*

Examinaré aquel retiro del mundo y de los deleytes, aquella singularidad en vuestra conducta, aquella afectación de modestia y gravedad; y acaso hallaré que mas provenia de humor, de temperamento, y de pereza, que de fé; y que en una vida mas regular, y mas retirada, al juicio de los hombres, todavia conservabais todo vuestro amor propio, toda la pasion á vuestro cuerpo, todas las delicias de la sensualidad, y en una palabra, todas las inclinaciones de las almas mundanas: *Scrutabor, &c.*

Registraré exáctamente aquel fingido zelo de mi gloria, que tanto os hacia gemir por los escandalos que veiais; que os movia á condenarlos con tanta satisfaccion y confianza, y á declamar tan vivamente contra los desórdenes y flaquezas de vuestros hermanos; y acaso este zelo, á mi vista, no será mas que una aspereza de genio, una malignidad del natural, una inclinacion á censurar y maldecir, un zelo indiscreto, zelo de ostentacion y de vanidad; y lejos de parecer en mi presencia zeloso de mi gloria, y de la salvacion de vuestros proximos, pareceréis injusto, terrible, maligno y temerario. *Scrutabor, &c.*

Os pediré cuenta de aquellos prodigiosos talentos que empleasteis, al parecer, en mi gloria, y en la instruccion de los Fieles, que os grangearon las bendiciones de los Justos, y los aplausos aun de los mundanos; y acaso los obsequios, el deseo de la estimacion, y de aventajarse á los demás, y la complacencia en las alabanzas de los hombres no dexarán ver en vuestras obras mas que las obras de un hombre, y los frutos de la vanidad, y yo maldeciré estos trabajos, nacidos de tan perversa raiz. *Scrutabor, &c.*

¡Gran Dios! ¡Quántas de las obras con que yo habia contado se hallarán entonces muertas en vuestra presen-

sencia! ¡Oh qué exámen tan terrible! De todas quantas acciones executamos por Vos, ¡qué pocas serán las que querréis tener por vuestras, y que sean juzgadas dignas de recompensa!

No infrais de aquí, Católicos, que es inutil el trabajar por la salvacion; pues parecé que el justo Juez solo intenta perder á los hombres; ¡qué es lo que decís! Al contrario, solo vino por salvarlos, y sus misericordias excederán á sus justicias. Lo que debéis inferir es, que si estas almas justas, á quienes tantas veces habeis acusado de exceso y de escrupulo en la práctica de las obligaciones de la vida christiana, como si en esto cometieran exceso, si estas almas puestas en la presencia de Dios parecerán tibias, sensuales, imperfectas, y acaso delinquentes; ¡qué será entonces de vosotros que vivis entre los peligros y placeres del mundo; que solo empleais los mas inutilés instantes de vuestra vida en obsequio de la Religion y de la salvacion; que apenas executais una obra de piedad en un año entero de disolucion é inutilidad? Si aun correrán peligro los que están cargados de buenas obras que poder presentar, vosotros que no podreis ofrecer mas que una vida mundana, ¡qué suerte debéis temer? Si al leño verde se le trata con tanto rigor, ¡qué sucederá al seco? Y si apenas se salva el Justo, el alma mundana (no digo el pecador, que ese ya está juzgado) que vive sin vicios ni virtudes, ¡cómo se atreverá á presentarse?

Muchas veces nos decís, Católicos, que vuestra conciencia no os acusa de delitos enormes, que no sois ni bueno ni malo, y que vuestro solo pecado es la indolencia y la pereza. ¡Ah, y cómo os conocereis en el Tribunal de Jesu-Christo! Veréis que el testimonio de vuestra conciencia, que no os recorda de delito alguno, que no os ofrecia casi nada que decir al Confesor, era una ceguedad terrible, á la que os habia

entregado la justicia de Dios. Vereis por el temor con que estarán los Justos, lo que debéis temer vosotros mismos, y si la confianza con que siempre vivisteis, era la paz de la conciencia buena, ó la falsa seguridad de la mundana.

¡Oh Dios mio! exclama San Agustin, ¡si pudiera yo ver ahora el estado de mi alma del mismo modo que me le manifestareis entonces! *¡O si jam nunc faciem peccatricis animæ liceret oculis corporis intueri!* ¿Si yo pudiera despojarme de estas preocupaciones que me ciegan, desconfiar de estos exemplos que me aseguran, de estas costumbres que me sosiegan, de estas alabanzas que me engañan, de esta elevacion y estos títulos que me sacan de mí, de estos talentos que oscurecen mi vista, de estas condescendencias de un Director que me asegura, de este amor propio, que es la raiz de todos mis errores, y pudiera yo verme solo á vuestros pies, y á vuestra luz? ¡Oh Dios mio! ¿Qué horror tendria yo de mí mismo? *¡O si jam nunc faciem peccatricis animæ liceret oculis corporis intueri!* ¿Y qué medidas tomaria yo, confundiendome en vuestra presencia, para evitar la pública confusion de aquel temible dia, en que se manifestarán los consejos del corazon, y los mas secretos pensamientos? Porque, Católicos, no solo se hará presente el pecador á sí mismo, sino que se manifestará tambien á todas las criaturas.

SEGUNDA PARTE.

DOs desordenes nacen en el mundo de la inevitable confusion de los buenos con los malos en la tierra. Primeramente, el vicio, con el favor de esta confusion, se oculta de la vergüenza pública que le es tan debida; y la virtud desconocida, no recibe los elogios que merece. En segundo lugar. Exáltado en las mas veces el pecador, ocupa los primeros puestos; mientras

el

el Justo vive en el abatimiento, y está hollado á sus pies como un esclavo. En este dia se manifestarán dos cosas que repararán estos dos desórdenes. Primeramente, se distinguirán los Justos de los pecadores por la pública manifestacion de su conciencia. En segundo lugar. Se distinguirán de los Justos en el estar separados de ellos, y en la diferencia de los lugares y puestos que les serán señalados en los ayres: *Et separabit eos ab invicem, sicut Pastor segregat oves ab hædis.* (a) Estadme atentos.

Para comphender bien toda la confusion que padecerá el alma pecadora, quando sea manifestada á todas las criaturas, y expuestos al público aún sus mas secretos vicios, no hay mas que atender, primeramente al número y carácter de los que han de ser testigos de su vergüenza: En segundo lugar, al cuidado que ella habia tenido de ocultar sus flaquezas y disoluciones á los ojos de los hombres quando vivia en la tierra: En tercer lugar finalmente, á las qualidades personales; que harán aún mas profunda y molesta su confusion.

Figuraos aquí, Católicos, al alma delinquente ante el Tribunal de Jesu-Christo, rodeada de Angeles y de hombres: los Justos, los pecadores, sus parientes, sus súbditos, sus Señores, sus amigos, sus enemigos, todos mirándola atentamente; presentes al terrible exâmen que el Justo Juez hará de sus acciones, de sus deseos, y de sus pensamientos, obligados, aunque por fuerza, á asistir á su Juicio, y á ser testigos de la justa sentencia que contra ella pronunciará el Hijo del Hombre: la faltarán al alma infiel en este dia todos los remedios que acá en la tierra pueden aliviar la mas terrible confusion.

(a) *Matth. 25. v. 32.* **Pri-**
Tom. I. L